V. GARCÍA MARTÍ

LA TRAGEDIA DE TODOS

ALEGORÍA DRAMÁTICA

(TRES JORNADAS)



EDITORIAL MUNDO LATINO
MADRID

LA TRAGEDIA DE TODOS

V. GARCÍA MARTÍ

LA TRAGEDIA DE TODOS

ALEGORÍA DRAMÁTICA

(TRES JORNADAS)



EDITORIAL MUNDO LATINO
MADRID

Tip. Yagües. — Plaza del Conde Barajas, 5.

A mi ilustre amigo el doctor G. Marañón.

Homenaje de

EL AUTOR

PERSONAJES

PROFESOR HUGO (Voz de la Ciencia).

BERTA, SU MUJER (Voz de la Vida).

DOCTOR ARTURO (Voz de la Conciencia).

MENDIGA (Voz de la Muerte).

LA HUÉRFANA Y DISCÍPULA, SOBRINA DEL DOCTOR ARTURO.

LAS HIJAS DEL MAR: UNA, OTRA Y LA TERCERA, todas voces juveniles.

JORNADA PRIMERA

Escena: Una playa. Al fondo, el mar. A un lado, en primer término, el exterior de una casa de planta baja; al otro, en término más lejano, donde la playa linda con la orilla del agua, unas rocas.

ESCENA PRIMERA

DOCTOR ARTURO

¿Guten Tag, profesor Hugo? ¿Cómo le pasa usted en nuestras tierras?

PROFESOR HUGO

Ya lo ve usted, querido doctor Arturo: muy

bien. Tengo la ventaja, como mi mujer, de conocer el idioma de ustedes, y además me encanta la naturaleza virgen y pintoresca de estas playas, donde he venido a descansar de mis tareas universitarias.

DOCTOR ARTURO

No un descanso absoluto; ya veo que dedica usted sus ocios a iniciar en el estudio de las ciencias naturales a mi sobrinilla, esa pobre chica huérfana, que yo he recogido a la muerte de mi única hermana.

PROFESOR HUGO

Es una encantadora criatura con ansias de saber, y me complazo en despertar en su alma el amor y el estudio de la naturaleza en un país donde aparecen las gentes tan distanciadas de esos trabajos.

DOCTOR ARTURO

Exacto; pero quizás no responda esto a diferencias de raza, sino de aptitudes individuales, y, en todo caso, de educación. Ahí tiene usted a su señora tan inclinada a los valores sentimentales.

PROFESOR HUGO

Mi mujer no es completamente de origen germano, sino eslavo, y eso explica, sin duda, la exaltación sentimental a que usted alude. Ya sé que ha hecho con usted gran amistad y le ha propuesto que escriban juntos una obra para el teatro.

DOCTOR ARTURO

En efecto, estamos madurando esa idea.

PROFESOR HUGO

Le advierto que las labores artísticas para mí están demás; sólo me atraen los estudios científicos, rigurosamente científicos...

DOCTOR ARTURO

Y sin embargo... es curioso cómo por esos caminos de tanto rigor científico, de que habla usted, no hubiéramos avanzado gran cosa en los problemas fundamentales de la vida...

PROFESOR HUGO

¿Cree usted?

DOCTOR ARTURO

¡Ah! Yo estoy seguro: la ciencia es impo-

tente para dar solución a esas inquietudes eternas, de donde venimos y adonde vamos, únicos problemas que nos interesan en el fondo. ¡La ciencia! ¡Bah! ¡Cuántas cosas ha tenido que olvidar para constituirse! En el sentido de la extensión, ha debido prescindir de los dos problemas fundamentales, renunciando a conocer la primera causa y el último fin; y en el orden de la intensidad se contenta con relacionar los fenómenos que nos aparecen ante los sentidos, renunciando a conocer el principio (o substractun) que le sirve de unión y de soporte; casi siempre un principio metafísico, una hipótesis nada reductible a fórmulas científicas.

PROFESOR HUGO

Pero es que al científico no le interesan esas cuestiones.

DOCTOR ARTURO

Claro; es más cómodo. Puede el físico estudiar los fenómenos de fuerza, de calor, etcétera, etc., pero sin conocer la íntima naturaleza de la energía. Puede el biólogo estudiar las manifestaciones de la vida y conocer la vida solo a través de sus manifestaciones; pero lo que la vida sea en sí, lo ignora. Puede el psicólogo estudiar las manifestaciones del espíritu; pero lo que el espíritu es en sí es también un principio irreductible a las fórmulas científicas. Y, por último, la «energía», la «vida» y la «conciencia», ¿son modalidades distintas de una sola y misma sustancia o son radicalmente diferentes?... ¡Problemas insolubles!

PROFESOR HUGO

No me negará usted que la ciencia ha re-

suelto múltiples cuestiones y que dió al hombre el máximum de poder y de eficacia sobre el mundo que nos rodea. Es necesario una técnica que nos haga actuar sobre las cosas, y esta técnica es, en el mundo moderno, la obra del científico.

DOCTOR ARTURO

Cierto; todas las técnicas son para la vida, para nuestra pobre vida; pero nos falta saber para quién sea esta vida humana y qué sentido tiene.

PROFESOR HUGO

¡Bah! Yo no me intereso por esas cuestiones del «más allá» o de la muerte, del principio y fin de las cosas, términos absolutos que no caben dentro de las relatividades humanas. Todo está condicionado por un antes y un después.

DOCTOR ARTURO

Sí; pero, justamente, ¿cómo explica usted el primer antes y el último después? ¿Lo ve usted cómo hay que dar un corte para no perderse en un abismo de misterio?... ¿Cómo es posible, profesor Hugo, que no le interese esa cosa cálida e íntima que llevamos en el alma? A usted no le interesa que su conciencia se apague definitivamente en el instante menos pensado; a usted no le interesa la inmortalidad de su yo, y, aun concretándose a la vida presente, a la vida social y externa, ¿no advierte usted la falta de correspondencia entre los anhelos infinitos que sentimos todos y la pobreza de medios y recursos externos?

PROFESOR HUGO

Ya le he dicho que no me planteo esos problemas; me atengo estrictamente a los límites de la razón...

DOCTOR ARTURO

No, amigo mío, no hay solución a esas tragedias. El intelectualismo y la razón no nos satisfacen. ¡Magnífico esfuerzo el de Kant! ¡Mas al cabo, redes para pescar sin peces! Desengáñese: la vida es una tragedia, y para resolverla hay que seguir corriente abajo, con la cabeza bajo el ala, prisioneros de nosotros mismos, y a la postre son las soluciones cordiales las que se imponen; soluciones de arte y de intuición. Cuando no se llega a eso, el amor es la más democrática, la más fecunda de todos...

PROFESOR HUGO

Yo creo que todas esas cuestiones son productos morbosos que desaparecen con una vida física sana y un metódico ejercicio intelectual. El sentimentalismo es un tóxico que

habrá que combatir como una droga prohibida...

DOCTOR ARTURO

La vida tendría entonces la frialdad de un aparato de mecánica.

BERTA

(Entrando.)

Pero, ¿qué hacen ustedes?

DOCTOR ARTURO

Ya lo ve usted: tratando de convencer a su marido, el profesor Hugo, que es un científico dogmático e incorregible.

BERTA

No le conoce usted bien...

PROFESOR HUGO

En fin; dejemos en este punto nuestro diálogo. Está un día delicioso y me voy a la playa. ¿Su sobrina ha salido ya?

DOCTOR ARTURO

Sí, creo que sí; playa adelante ha ido a esperarle a usted para dar su lección.

ESCENA SEGUNDA

(BERTA con el DOCTOR ARTURO.)

BERTA

¿Conque se decide usted, querido doctor, a que hagamos una obra para el teatro? ¿Qué asunto le parecería a usted más interesante?

DOCTOR ARTURO

Un tema que indujese a pensar en la fugacidad del tiempo. En la tragedia de la vida.

BERTA

Acaso demasiado trascendental; pero, ¿cómo podríamos plantearlo?

DOCTOR ARTURO

¡Qué sé yo!... Sería oportuno, ante todo, discurrir un poco sobre el teatro. Usted es una mujer inteligente.

BERTA

¿Cree usted en la inteligencia de la mujer?

DOCTOR ARTURO

La inteligencia es en ella casi siempre intuición. Amor casi siempre.

BERTA

Es imposible la simple amistad con un español; aun los mejores no ven en la mujer más que a la mujer.

DOCTOR ARTURO

Que es, en resumen, lo que ustedes quieren que se vea... En la vida, señora, tenemos que encarrilarnos; cuando nos asomamos al exterior corremos el riesgo de caer, sin duda, en una sima. El hombre es siempre prisionero de sí propio, de su sentimentalidad; acaso de una mujer.

BERTA

Bueno, ¿quiere usted dejarse de filosofías más o menos galantes y que comencemos a trabajar?

DOCTOR ARTURO

Mejor será que la obra la haga la misma vida. El teatro que yo pretendo sería demasiado amargo, mucho más que la vida, que al menos tiene la habilidad de disfrazarse, de ocultar sus abismos y sus misterios con una serie de trampas como el amor o las actividades sociales; y yo desearía en mi teatro eliminar esas trampas, desenmascarar la vida, desnudarla, buscar la médula de la conciencia del misterio que nos rodea, sin solución; de veras ¿no le asusta a usted un poco este teatro mío?

BERTA

Me asusta porque no sé cuál pudiera ser ahí el papel de la mujer, ya que las mujeres hemos nacido para entornar los ojos del hombre y desviarlos del abismo.

DOCTOR ARTURO

Por eso en la colaboración que usted me indica la propongo que sea usted el guía, que vale tanto como decir que lo sea la vida o la seducción. Vivamos, pues, corriente abajo con los ojos entornados, llegando hasta donde la vida nos lleve.

BERTA

La vida pudiera llevarnos muy lejos; pero el deber nos sacaría de esa corriente.

DOCTOR ARTURO

El deber es también un modo de corriente, una creación de la razón en vez de una creación del instinto. Quizás sólo opinión, violencia y, en algún caso, la simple agresión de un marido.

BERTA

¿Y por qué no la conciencia de usted?

DOCTOR ARTURO

¡Mi conciencia! ¿En qué aspecto? La religiosa no es absolutamente mía; la moral, tampoco; la mía es demasiado pura e indiferente.

BERTA

¿De manera que, según usted, lo más fuerte es la vida?

DOCTOR ARTURO

No; más fuerte que la vida es la conciencia; no la conciencia de los prejuicios sociales, sino la conciencia de la verdadera tragedia humana.

BERTA

Entonces, para vivir, para gozar de la vida, será preciso no preguntarse nada, no analizar.

DOCTOR ARTURO

Naturalmente.

BERTA

Sin plan ni coacción de nuestros propios impulsos correríamos nosotros mismos un peligro.

DOCTOR ARTURO

¿Cuál? ¿El de enamorarnos? Ahí tiene usted una solución para detener el tiempo. Ese fantasma que nos devora y nos obsesiona. Es acaso un ancla que lanzáramos para no seguir corriente abajo, el único modo de rezagarse un poco en el mundo, a través de nuestra propia sangre.

BERTA

Sin embargo, no se ama por eso, sino por el placer que reporta; es decir, por egoísmo. Pero, en fin, no quiero seguir con usted por

ese camino; prefiero supeditarme a la plena conciencia del hombre y que sea usted el guía. Volvamos, pues, a su asunto, a su teatro; la tragedia de la vida, la fugacidad del tiempo: ¿qué es el tiempo?

DOCTOR ARTURO

Esta vida misteriosa que huye de nuestras manos, que acaba cuando más nos creemos en posesión de nosotros mismos. Todo induce a suponer que el tiempo está en relación con la conciencia. Sólo por el yo es posible el darse cuenta de un antes y un después.

BERTA

Pero ¿entonces, fuera de la conciencia el tiempo no tiene sentido?

DOCTOR ARTURO

Así es; acaso sin la conciencia nuestra vida se diera toda de un golpe y la muerte fuera simultánea con el nacimiento; pero sólo por el fenómeno de la conciencia aparece extendida en una sucesión de momento. Todas las cosas de la vida están ya realizadas. Lo que nos da la sensación de que se van realizando sucesivamente es que la lámpara, limitadísima en su radio de acción de nuestra conciencia va alumbrando poco a poco, trozo a trozo, nuestra vida; pero ella, la vida, está ya dada toda de un golpe y simultáneamente.

BERTA

Doctor Arturo, no os entiendo.

DOCTOR ARTURO

¿Cómo podría yo explicarme? Tal cosa de-

be suceder mañana; en realidad, la cosa está ya sucedida; lo que pasa es que la conciencia no la ve hasta mañana. Así, por ejemplo, por lo que se refiere al espacio, supongamos que un vehículo antiguo tardaba en transportarse de un punto a otro un mes; posteriormente, el mismo trayecto se recorría en tren en veinticuatro horas, y hoy, con el aeroplano, en una. Quizás llegue algún día en que se haga el mismo recorrido en minutos o en segundos, lo cual suprime la distancia.

BERTA

¿Quiere usted decir que el espacio es una limitación de nuestros medios?

DOCTOR ARTURO

Eso es; pues una cosa así ocurre con el tiempo: es una pura limitación de nuestra conciencia que no alumbra más que lo inmediato.

BERTA

Se podía preguntar entonces si la muerte es, en este sentido, un fenómeno ya realizado en las personas que todavía viven para nosotros.

DOCTOR ARTURO

Acaso sí, y desde luego para un ser superior a nosotros, para Dios, quizás estemos ya muertos... ¿Es que se puede representar una tragedia superior a la tragedia de nuestra existencia?

BERTA

Y sin embargo hay sugestiones gratas en la vida.

DOCTOR ARTURO

Claro que hay sugestiones gratas que im-

piden el planteamiento del problema; pero nada más, porque tampoco ofrecen la solución. La vida es agradable a condición de no meditar en ella.

BERTA

¡ Qué estúpida condición !...

DOCTOR ARTURO

Por fin el profesor Hugo ha encontrado a su discípula. Hacia acá vienen. ¿ Quiere usted que sigamos paseando por la playa, y mientras ellos dan sus lecciones nosotros concretaremos nuestros proyectos ?...

ESCENA TERCERA

(PROFESOR HUGO y DISCIPULA.)

PROFESOR HUGO

¡ La vida ! Magnífico tema para un naturalista frente al mar, que nos inspira una ado-

ración casi religiosa a los biólogos. Bien, querida discípula; continuaremos, pues, hoy con nuestra disertación sobre la vida. ¡A ver, a ver las notas de nuestra última conferencia!

DISCÍPULA

(Sacando unos papeles de un cartapacio y luego leyendo.)

«El origen de la vida.» Teoría biológica que supone la masa protoplásmica más primitiva en el fondo de los océanos. Los mares, pues, son los grandes incrementadores de la dinámica vital. Hoy mismo la fauna marítima es infinitamente más rica y variada que la terrestre. El agua ofrece mejores condiciones que el aire, que la atmósfera, para el desarrollo más pujante en el fondo de los océanos...

PROFESOR HUGO

Véase, pues, cuán interesante resulta un

estudio, desde el punto de vista de la vida, de ese mar, a veces tan tumultuoso y tan mortífero. Representa la fuerza que dió impulso a toda la dinámica vital, cuando toda la vida era un feto absurdo. Hoy los mares encierran también grandes atractivos biológicos. Cuando vomitaron sobre los continentes todo ese enjambre mórfico de organismos, se reservaron lo más y lo mejor. Vamos a ver si recuerdas ahora en cuántos grupos se dividen los seres vivos en los mares y también en las aguas dulces.

DISCÍPULA

En tres grupos : plankton, nekton y benthos.

PROFESOR HUGO

¡ Exacto ! Veo que mis lecciones se aprovechan. Del primero, o sea del plankton, hablaremos un momento. Plankton significa «lo

que se deja llevar», y, efectivamente, los seres comprendidos en este grupo viven a merced de las olas, de las corrientes marítimas, etcétera. Así muchos hombres, ¿verdad?, en la corriente del mundo, para que adviertas cómo en la vida todo se reduce a un principio de unidad. En el plankton se encuentran seres tan pequeños, que se han observado cuatro o cinco millones en un litro de agua marina. Son fosforescentes, cualidad que se advierte a través de las aguas cuando no se encuentran muy lejos de la superficie, pues comunican a ésta un brillo de gran fulgidez en las noches obscuras.

DISCÍPULA

¿Se puede capturar?

PROFESOR HUGO

Sí, ya lo creo. El plankton se puede cap-

turar con un aparato destinado al efecto donde se filtran las aguas, a través de mallas muy finas. Una de estas tardes lo veremos prácticamente. Nos embarcaremos para capturarle.

DISCÍPULA

¿Y por qué no hoy? Nos serviría de pretexto para hacer la excursión que tenemos proyectada hasta el faro del Cabo.

PROFESOR HUGO

Aceptado; continuaremos de ese modo prácticamente nuestra conferencia... Vamos, pues, a buscar al patrón y a preparar el barco...

ESCENA CUARTA

DOCTOR ARTURO

(Que se había visto con Berta durante la escena anterior pa-

seando por la playa, entra ahora de nuevo con aquélla, continuando entre ambos una conversación.)

Concretando, pues, amiga mía; quedamos en que los personajes serán tres: un hombre que siga firmemente el camino del intelecto, un poco volcado sobre la vida exterior: la voz de la ciencia; un segundo personaje como antítesis, sensible al sentimiento trágico de la vida, a la lucha entre la razón y el sentimiento: la voz de la conciencia...

BERTA

Y una mujer: la voz de la vida.

DOCTOR ARTURO

¡Muy bien! Una mujer servirá de piedra de toque, ya que ella está más cerca de la vida, y la vida encierra el secreto de su verdad.

Ni la inteligencia del científico, ni el sentimiento del filósofo, ni el instinto de la mujer darán la clave de la solución a la inquietud o ansiedad que palpita en lo íntimo del alma, esa sombra trágica que acompaña nuestra existencia. Esa sombra no se ahuyenta por ningún camino.

BERTA

¿Ni por el amor?

DOCTOR ARTURO

¡Oh! El amor sirve de narcótico; pero, en definitiva, es una trampa del instinto para transmitir la corriente vital, dejando en pie los problemas de nuestra existencia individual, llamada a extinguirse.

BERTA

No tendremos gran trabajo en encontrar un sector que comprenda esas figuras.

DOCTOR ARTURO

De eso se trata. Ese sector se compondrá de nosotros mismos y de las personas que tengamos en torno. Nuestro pequeño mundo, en suma; el mundo humano de este rincón, donde, después de todo, se cumplen las leyes generales de la vida y contamos con la ventaja de tenerlo más próximo.

BERTA

Creo que estamos conformes en el plan. ¿Qué debemos hacer ya?

DOCTOR ARTURO

Nada; colocarnos en el foco de la visión de nuestros espectadores, poniendo a la luz lo más íntimo del espíritu: la *tragedia de todos,* la tragedia humana. No habrá entre nos-

otros más personajes que la propia naturaleza humana.

BERTA

Sin embargo, en la vida todos desempeñan una actividad social, todos deben hacer algo.

DOCTOR ARTURO

Eso es justamente la máscara, la declamación. El teatro corriente consiste en acentuar la nota declamatoria y teatral que todos tenemos; pero en este teatro sería al revés: la vida con su problema más hondo, con la inquietud central.

BERTA

¿Cree usted que no hay más que una inquietud central?

DOCTOR ARTURO

Creo que no hay más que una, que no debiera haber más que una, en un ser perfectamente consciente : la de saber quiénes somos, de dónde venimos y adónde vamos. ¡ Es un tormento el de la conciencia que necesita cubrirse a ratos con la máscara de una actividad que la desvíe de sí mismo ! ¡ Yo quisiera arrojar esa máscara ! ¡ La vida ! ¡ Todos creen comprenderla ! El científico olvida que es prisionero de su propia razón. El filósofo, ¡ pobre filósofo !, pretende dar el salto mortal del yo al mundo... Los demás, ceñidos a sus subalternas actividades...

ESCENA QUINTA

(Entra en escena una pobre mujer.)

BERTA

¿ Quién es esa mujer ?

DOCTOR ARTURO

Una extraña mujer que ha sido víctima de la tragedia. Perdió a su marido y a sus hijos, que naufragaron una noche tormentosa. Dice cosas muy singulares y certeras a la vez.

MENDIGA

(Entrando.)

Ese señor que allá queda sobre unas peñas con una joven me envía a decirles que van a hacer una excursión hasta el Cabo. Si ustedes quieren acompañarles, que se preparen; luego vendrán a buscarles.

BERTA

¡Ah, sí, pues iremos! Espere, buena mujer.

(Dirigiéndose al doctor Arturo.)

Quizá debiéramos incluir esta figura en nuestro teatro.

DOCTOR ARTURO

Acaso sea un personaje interesante en este pequeño mundo nuestro. No estaría mal una figura humilde que sirviese para subrayar el hecho de que la posición del hombre intelectual y mejor dotado no es superior ni más ventajosa frente a los problemas últimos y capitales de la vida.

BERTA

Veremos si el personaje nos sirve. Deje usted que yo la interrogue. ¿De modo que ha visto usted al extranjero, al profesor Hugo?

MENDIGA

¡Ah, sí, el extranjero! Ese señor que está siempre en el mar, en la playa tomando el

sol. Sí, vengo de su parte. ¡Qué hombre más extraño!

BERTA

Es mi marido...

MENDIGA

¿Su marido? ¿Son ustedes de muy lejos, verdad?

BERTA

Sí, de muy lejos.

MENDIGA

¿Y tienen que pasar el mar para venir aquí?

BERTA

No es preciso; pero, en fin, hemos venido embarcados.

MENDIGA

¿No tienen miedo a naufragar? El mar es muy traidor. Mi marido y mis hijos yacen en el fondo de las aguas. Les arrebató el mar en una noche tormentosa, hace ya muchos años.

BERTA

¿Vive usted sola?

MENDIGA

Sí, señora. Vivo en una choza al lado del Cabo y a la vera del cementerio. Ya lo ve usted : mi compañía son sólo el canto fúnebre y bronco del mar que se estrella sobre las rocas, y, de otro lado, el lóbrego silencio del camposanto. Toda mi vida y todo mi mundo son ya esos ruidos del mar, ecos de las olas que me parecen quejas de los míos que me llaman.

BERTA

¿Y hace mucho que los perdió usted?

MENDIGA

Mucho y poco: el tiempo pasa tan de prisa, que llamamos mucho a lo que no es sino unos instantes. Yo también fuí joven y guapa como usted, señora; me casé un día otoñal de luz muy dorada con un bravo marino de estas rías, y fuimos a bendecir nuestra boda allá en la ermita del Cabo, todos embarcados. Yo, con mi traje blanco de desposada, sobre la cubierta de un buque que llevaba henchidas por el viento sus velas blancas. Nos seguían pequeñas embarcaciones llenas de gentes, de amigos, pescadores y navegantes, gentes de mar, que entonaban cánticos de romería. Todos decían que mi boda parecía una boda de leyenda, de esas en que no debe de acabarse nunca la felicidad. Y se acabó, rá-

pida y trágicamente. Ese mismo mar que fué mi cuna, porque soy también la hija de un marino; que fué mi tálamo nupcial más tarde, me servirá de sepultura como ya sirve a los míos. ¡ Qué veloz pasa el tiempo y qué juntos van el dolor y la alegría !...

BERTA

Juntos andan en todas las vidas.

MENDIGA

¿ Usted también es desgraciada, señora ?

BERTA

También comienzo a serlo.

MENDIGA

¡ Quién sabe lo que es la dicha ! Acaso no se es feliz hasta que se pierda todo o se renuncie a todo.

BERTA

Es posible que tenga usted razón. Tome, buena mujer *(Dándole unas monedas.)*, que tiene todavía que caminar para llegar a su casa antes de la noche.

MENDIGA

La noche llega demasiado pronto por muy largo que nos parezca el día. En mi vida es siempre de noche.

BERTA

Me admira que no tema usted a nada por esos lugares tan silenciosos y tan aislados.

MENDIGA

¿A quién podría temer y quién podría valerme a la hora del verdadero peligro? Por muy acompañada que estuviera tendré un día que

morirme y que morirme sola. Sola entraré en la eternidad, sin más compañía que la de mi conciencia. Me acompañan los muertos, mis verdaderos amigos, los que no cambian. Todos vienen, al fin, más o menos tarde, a hacerme compañía; todos traen el mismo camino...

BERTA

Cierto; nuestra vida se acaba presto en el galopar del tiempo.

(Volviéndose hacia el doctor.)

¿Qué ha hecho usted, doctor?

DOCTOR ARTURO

Tomar nota de esta escena. Acaso sirva para nuestra obra. Esa es la voz que nos faltaba: la voz de la muerte. Subrayemos sus palabras: entraré en el misterio de la eternidad sin más compañía que la de mi conciencia...

ESCENA SEXTA

PROFESOR HUGO

Pero, ¿ustedes no vienen? He planeado una excursión con mi discípula a ese bello trozo de tierra que se interna en la playa y que lleva el nombre de Cabo de la Cruz... ¿Vienen ustedes?

DISCÍPULA

¿Usted no viene, señora?

BERTA

Creo que sí, querida. Iremos todos.

DISCÍPULA

¿Estaban ustedes hablando de su obra? ¿Han hecho ustedes ya el plan?

BERTA

Es una obra sin plan, como la vida, que nadie sabe adónde va ni de dónde viene.

DISCÍPULA

¿Es verdad que es así la vida? Yo no había pensado en esto. En el pueblo nadie había pensado.

BERTA

Los pueblos son eternos niños que no se preguntan nunca por lo más interesante quizá por el miedo a la respuesta.

DISCÍPULA

¿Ustedes para qué piensan en esas cosas tan tristes? ¿Por qué no es usted como su marido? El no me habla nunca de esas cosas. Me enseña lo que son las plantas y los ani-

males que viven en el fondo del mar. Me habla siempre de la vida, pero nunca de la muerte.

ESCENA SEPTIMA

PATRÓN

Dense ustedes prisa; la barca está preparada. ¿Ven ustedes el horizonte? Comienza a cerrarse de niebla.

BERTA

Será peligroso entonces embarcarse.

PROFESOR HUGO

No hay cuidado; contamos con un buen barco y un buen patrón.

DOCTOR ARTURO

Nosotros, sin embargo, hubiéramos preferido quedarnos y charlar un rato más de nuestra obra.

DISCÍPULA

¿Temen ustedes a la muerte?

BERTA

No, no; tememos más a la vida.

PROFESOR HUGO

Vámonos, pues; dejemos a los autores con su trabajo.

(Con cierta ironía.)

DOCTOR ARTURO

Decididamente nuestra obra está en marcha; su marido comienza a dudar.

BERTA

Si es que no acaba.

DOCTOR ARTURO

Sin embargo... no hemos decidido todavía nuestro camino. ¿La vida? ¿La conciencia?

BERTA

Pero ¿cómo decidirse, si los dos me aterran?

DOCTOR ARTURO

Sigamos el camino de la pura conciencia. Descartemos toda la seducción, todas las trampas del instinto, todas las máscaras que ocultan los abismos del misterio para mostrar la vida en su horrible desnudez trágica.

BERTA

¡Me da horror!

DOCTOR ARTURO

Pues sigamos alternativamente el uno o el

otro camino, según el momento y según el influjo de cada cual.

BERTA

¿Quién vencería en este momento?

(Dice esto mirando fijamente a los ojos del doctor Arturo.)

DOCTOR ARTURO

(Que mira a su vez a los de ella.)

No sé.

(Vuelve la vista en derredor.)

Advierto que nos han dejado solos. ¡Acaso la vida!...

BERTA

¿Cree usted que podría bajarse ya el telón?

DOCTOR ARTURO

(Cogiendo las manos que Berta le tiende.)

Creo, en efecto, que aquí debiera acabarse la primera jornada...

JORNADA SEGUNDA

ESCENA PRIMERA

(DOCTOR ARTURO y BERTA aparecen sobre las rocas en el fondo de la escena.)

BERTA

¡Qué divina emoción produce en el ánimo este bello trozo de naturaleza!

DOCTOR ARTURO

¡Es verdad! ¿Cómo es posible que esto nos proporcione un placer tan puro, como si siempre hubiéramos de estar en posesión del mundo que nos rodea, de un mundo de cuya realidad filosófica no sabemos nada y cuya rea-

lidad física depende en gran parte de órganos tan frágiles y engañosos como nuestros sentidos?

BERTA

Pero, en fin, habíamos quedado en que no analizaríamos. La seducción había vencido, ¿no es eso? ¡Qué día tan bello! Vea usted esas lejanías llenas de misterio que excitan a la aventura, ese mar inmensamente azul; todo el paisaje es una sonrisa de la naturaleza, y sobre todo el sol, ese astro de fuego que nos alumbra y nos abrasa, dijérase que bajo ese palio de oro sólo es posible la pura sensación, el instinto biológico, sin lugar para la voz sombría de la conciencia.

DOCTOR ARTURO

Sin embargo, la voz de la conciencia se impone trágicamente a los hervores vitales. Se me ocurre una idea, Berta. Y si nos sumergiéramos en el abismo azul de esas aguas, ¿no

sería un modo de redimirnos de esta trampa fatal de la vida?

BERTA

¡Gracioso modo de acabar nuestra obra! Un final demasiado trágico. ¡Ahogar nuestros héroes!...

(Dicho esto con cierta ironía y luego recobrando el tono serio.)

Veo que la vida o la seducción no logran triunfar en usted. Vámonos, vámonos; sin duda siente usted el vértigo.

DOCTOR ARTURO

¿Quiere usted que vaya yo delante? Estas peñas son muy resbaladizas.

BERTA

No, prefiero que me siga usted; los filósofos no son siempre razonables.

DOCTOR ARTURO

¿No necesita usted tampoco el apoyo de mi brazo?

BERTA

No preciso nada, doctor. No sé cómo decírselo: quiero volver a ser solo su compañera de trabajo.

DOCTOR ARTURO

Está bien; sigamos hablando como colaboradores. Sigamos haciendo nuestra obra.

BERTA

Habíamos bajado el telón en un comienzo de felicidad. ¿No es eso?

DOCTOR ARTURO

¡Oh, amiga mía! La vida es dinámica constante; el telón que se baja anunciando

la felicidad se levanta pregonando acaso la tragedia.

BERTA

¡Es verdad! No podemos desterrar de nuestra obra como de nuestra vida el dolor. Mi marido, a pesar de su frialdad y de su pretendida indiferencia, comienza a mostrarme desvío y abandono.

DOCTOR ARTURO

Y eso no es todo. Cierto que nuestro ensayo de amor se ha visto enturbiado por la idea del deber y por mil prejuicios. Pero aunque no existieran, Berta, el amor no resuelve los problemas del individuo consciente. La mujer sirve al hombre enmascarado en una actividad social y externa, pero nada al que se tiene presente a todas horas.

BERTA

Ese hombre que usted pretende me asusta.

DOCTOR ARTURO

Nuestra labor consiste en desenmascararle, en darle toda la conciencia de su infortunio, de la trágica ignorancia de sí mismo.

BERTA

Y para ese hombre, ¿no será una redención la mujer?

DOCTOR ARTURO

No; la mujer es la trampa divina que hace entornar los ojos al hombre biológico y romántico, y quizás al clásico de la razón ordenadora y ordenada; pero no al hombre totalmente consciente.

BERTA

Basta, doctor; repito que ese hombre me da miedo y me atrae: me da miedo porque sería la muerte de la mujer, y me fascina porque me muestra un camino ignorado: ese fondo subterráneo en que se piden cuentas a la

vida de su falta de sentido. Problema más horrible en nosotras, porque en ustedes representa la inutilidad del individuo, y en la mujer, acaso la inutilidad de la especie.

DOCTOR ARTURO

En resumen, amiga mía: sigamos la pista de nuestros personajes como nos hemos propuesto; sigamos nuestra obra hasta el fin.

BERTA

¿Hasta qué fin?

DOCTOR ARTURO

Hasta el misterio... El tiempo transcurre velozmente. Un día no lejano la vejez empezará para nuestros héroes y la muerte puede sorprenderles. Este devorarse las generaciones unas a otras, cayendo en la quietud eterna, evidencia la falacie y engaño del mundo, de las formas y de las mudanzas.

BERTA

(Como hablando consigo misma.)

¡ Siempre analizando !...

DOCTOR ARTURO

La vida ya no tiene objeto. Hemos intentado unas horas de felicidad y no las hemos conseguido, o, en todo caso, han sido tan fugaces, que el dolor y el desengaño las han hecho inútiles. Debemos cambiar de ruta. No se detiene la vida en la felicidad ni en la desgracia ; va siempre más allá, hasta el desenlace fatal.

BERTA

¿ Y ese desenlace será al fin la verdad ?

DOCTOR ARTURO

¡ Eterna pregunta que morirá en los labios del último hombre !

BERTA

¿No cree usted que el último hombre llegará más lejos?

DOCTOR ARTURO

No, ciertamente.

BERTA

¿De modo que, según usted, tenemos descontado el final de la vida? ¿Y por qué los hombres viven como si no sospechasen la tragedia de su fin?

DOCTOR ARTURO

Porque cada uno cree hacer su propia comedia y quiere tener derecho a crear el fin que más le agrade.

BERTA

También nosotras hacemos nuestra come-

dia; ¿tendremos en ese caso derecho a crear el fin que más nos plazca?

DOCTOR ARTURO

¡Ah, no! Eso es lo más singular y trágico de nuestra obra. Eso nos distingue de las gentes, gentes de teatro y declamatorias a la postre. Nosotros no hacemos teatro; queremos presentar la vida sin máscaras ni declamaciones.

BERTA

¡Ah, amigo mío, yo sigo atraída por la grandeza de esa inquietud! Voy en la grupa de su corcel por el placer de la carrera, pero me da miedo el abismo, y a veces, como ahora, siento el desvarío y necesito el reposo.

(Entra en casa.)

ESCENA SEGUNDA

(PROFESOR HUGO aparece caminando por la playa.)

DOCTOR ARTURO

¿Qué tal, profesor? ¿Viene usted a dar lección a su discípula?

PROFESOR HUGO

En efecto; pero no tengo prisa. ¿Y cómo marcha la obra de ustedes?

(Con ironía.)

¿Hacen ustedes algo digno de la inmortalidad? La inmortalidad es lo que más apetecen los artistas.

DOCTOR ARTURO

¿Y por qué no los hombres de ciencia?

PROFESOR HUGO

La inmortalidad es una idea puesta al ser-

vicio de un interés y de un anhelo personal. Se puede trabajar por el bien de los hombres, por el aumento del poder de los hombres sobre las cosas; pero el anhelo de inmortalidad es casi una idea femenina de exaltación individual.

DOCTOR ARTURO

Sin embargo, esa idea de sobrevivirse no parece sino una continuación de la idea instintiva de vivir: un afán inconsciente de no perecer.

PROFESOR HUGO

Todo eso nace quizás de un prejuicio que supone al hombre eje del mundo. El mundo no es para el hombre, sino al revés.

DOCTOR ARTURO

Curiosa obstinación la del profesor Hugo. ¡No le interesan a usted la persona humana ni sus problemas íntimos! Y sin embargo, ni

el mismo mundo sería nada sin el hombre que le contempla. ¿Qué valen todos los problemas científicos y todas las técnicas ante los pavorosos problemas de la vida misma?

PROFESOR HUGO

Yo creo que esos problemas sin solución deben evitarse.

DOCTOR ARTURO

Representamos criterios opuestos; hay en usted un ansia de dominio exterior, un anhelo de continuar el sentido de la vida. En mí, por el contrario, un ansia de paralizarla, de no consentir que siga sin responder a las preguntas de la conciencia, sin que se justifique...

PROFESOR HUGO

Yo no creo tener en este punto un criterio distinto del de las gentes.

DOCTOR ARTURO

Por eso precisamente no me atrae la ciencia. ¿Cómo es posible que no sienta usted ese duelo trágico de la razón y el sentimiento, el ansia de inmortalidad y todavía más el ansia de justificación a que la razón no puede, es incapaz de responder? ¿Cómo puede usted no sentir esa dualidad trágica de nuestra naturaleza?

PROFESOR HUGO

La verdad, yo me había sentido siempre totalmente uno, no sentía las desgarraduras de esas fuerzas divergentes. Hasta ahora por lo menos en mi vida se había dado el mayor equilibrio.

DOCTOR ARTURO

Ese equilibrio es la indiferencia (admirable ingenuidad la de los sabios). Y es que la cien-

cia destruye la personalidad, mecaniza la vida.

(Volviendo luego hacia el profesor Hugo y como buscando zonas sensibles en el profesor para atraerle a su terreno.)

¿Nada le sustraría a usted de esa indiferente actitud? ¿Siempre cree que la vida es para el mundo? ¿No cree que alguna vez el mundo es para nosotros?

PROFESOR HUGO

¡Qué sé yo! Si soy sincero comienzo a sospechar que el equilibrio de mi vida está a punto de romperse. No sé si las suavidades y blanduras de estos paisajes, no sé si otro género de factores, plantean en mí problemas desconocidos hasta ahora. El sentimiento para el que no había lugar en mi vida intensa de trabajo allá en la ciudad, parece que pretende penetrar en mi persona en las soledades de esta naturaleza..., desequilibrándome, des-

montando el aparato mecánico de mi vida. Y a veces creo que comienzo a plantearme también el trágico problema del fin y sentido de esta existencia humana. Acaso voy perdiendo la fe en el trabajo.

DOCTOR ARTURO

(Saliendo de escena y entrando en su casa.)

Profesor Hugo, cuide usted que el equilibrio de su vida no se destruya. Cuide usted de marchar encarrilado en el aparato mecánico e inconsciente, si no quiere sucumbir en un mar de contradicciones. ¡Que el espíritu no mate la técnica; sobre todo, que la conciencia no mate la vida!...

ESCENA TERCERA

(Sale la DISCIPULA, llamada por el DOCTOR ARTURO, al tiempo de entrar éste en casa.)

DISCÍPULA

Profesor Hugo, buenos días. ¿Viene usted a darme su lección?

PROFESOR HUGO

Sí, sí, luego iré. Espérame en la playa, en nuestro sitio de siempre, allá sobre las rocas. *(Dice esto con aire distraído.)*

DISCÍPULA

(Se acerca al profesor Hugo.) ¿Está usted triste? ¿Qué le pasa? Ya no me da usted con tanto gusto las lecciones; no me habla usted con tanto entusiasmo de la vida, de las plantas, de los seres del mar. Noto un cambio...

PROFESOR HUGO

En efecto, hay en mi ánimo un cambio más

hondo de lo que tú misma puedes imaginar; es decir, tú misma...

DISCÍPULA

Hable, hable usted, profesor Hugo. Le escucho. Tengo mucho interés por usted: me ha enseñado tanto... Le quiero como amigo, como profesor.

PROFESOR HUGO

(Repitiendo.)

Como amigo, como profesor...

(Espontáneamente.)

¿Nada más?

DISCÍPULA

¿Pero qué quiere usted decir? No le entiendo.

PROFESOR HUGO

No sé, no sé lo que he querido decir; ex-

cúseme. ¿Te gustaría viajar, conocer el mundo?...

DISCÍPULA

No; preferiría, antes de conocer superficialmente muchos países, estudiar a fondo las cosas, los secretos del mundo físico que usted me iba revelando.

PROFESOR HUGO

¿No te gustaría conocer el secreto de tu espíritu?

DISCÍPULA

¡Extraño modo de hablar!... Nunca me ha dicho usted nada de la vida interior. ¿Y qué sabe usted de mi espíritu?

PROFESOR HUGO

Tienes razón. Tu alma me es completamente ajena.

DISCÍPULA

¿Por qué me habla usted así? Me da miedo. Venga, venga usted; hablaremos como siempre: de las plantas, de los animales, de la vida en fin.

PROFESOR HUGO

(Como hablando consigo mismo.)

¿Qué es la vida sin la conciencia?

DISCÍPULA

(Camina pensativa playa adelante.)

¡Qué extraño!...

ESCENA CUARTA

(PROFESOR HUGO, al quedarse solo, fija su vista en un grupo de muchachas (las Hijas del Mar), tres jóvenes que esperan con sus

cestas la vuelta de la pesca y que entran al final de la escena anterior.)

PROFESOR HUGO

¿Qué hacéis ahí, muchachas?

HIJAS DEL MAR

Ya lo ve usted, escucharles a ustedes. Entretenernos mientras que nuestros hombres no vuelven de la pesca. Esperamos su regreso para llevar al mercado lo que traigan.

PROFESOR HUGO

¿Sois todas hijas de pescadores?

HIJAS DEL MAR

Hijas y hermanas, señor.

PROFESOR HUGO

¿Habéis nacido aquí?

HIJAS DEL MAR

Todas hemos nacido en estas playas.

PROFESOR HUGO

¿Cómo os llamáis?

HIJAS DEL MAR

Nos llaman las *Hijas del mar.*

PROFESOR HUGO

En efecto, tienen vuestros ojos los tonos verdes del mar.

(Las Hijas del Mar se sonríen.)

HIJAS DEL MAR

Nadie nos había dicho eso hasta ahora.

PROFESOR HUGO

¿Ni vuestros novios?

HIJAS DEL MAR

¡Están tan lejos, señor!

PROFESOR HUGO

Siempre la vida suspirando por sus trampas. ¡Pobres muchachas! Tan lejos de la vida y tan cerca de la vida. Vamos, ¿qué es lo que más hubierais deseado en el mundo?

HIJAS DEL MAR

Tener mucho dinero.

PROFESOR HUGO

¿Qué hubieraise hecho entonces?

UNA

Yo lo emplearía en comprarme un traje de novia.

OTRA

Yo haría una casa para el día de mis bodas.

LA TERCERA

Yo lo ahorraría para casarme.

PROFESOR HUGO

La vida presa del instinto, obedeciendo a un mecanismo fatal en todas las latitudes. Tomad.

(Les da una cantidad de billetes.)

HIJAS DEL MAR

¡Cuánto dinero! Es demasiado, señor.

PROFESOR HUGO

Para crear vuestros hogares.

HIJAS DEL MAR

¿Pero, se va usted, señor?

PROFESOR HUGO

No, todavía. Ahora me voy a lo alto de aquellas peñas. Mi discípula me espera.

ESCENA QUINTA

UNA

¡Pobre extranjero! Dicen que está loco.

OTRA

Cuenta, cuenta tú que todo lo sabes.

UNA

¿No lo veis siempre en el mar, bañándose aunque llueva, y luego descansando sobre las rocas, desnudo; otras veces tomando baños de sol? Mojándose y tomando el sol por gusto, sin ser pobre. ¡Qué cosas tienen estos extranjeros!

LA TERCERA

Los señoritos del pueblo no harían eso. Bien se están jugando a las cartas o chismorreando.

UNA

Pero hay quien dice que eso no lo hace por gusto.

OTRA

Cuenta, cuenta. Pues, ¿por qué lo hace?

UNA

Por celos, por desesperación, porque su mujer está siempre con nuestro convecino, con el doctor Arturo. Dicen que juntos escriben cosas para el teatro, muy bonitas, como aquellas que el año pasado hemos visto representar en la plaza del pueblo. ¿Os acordáis?

OTRA

¡Ah! ¿Esa señora sabe escribir esas cosas tan bonitas?

LA TERCERA

Y por eso van siempre juntos, ¿verdad?

OTRA

No será más que por eso.

LA TERCERA

Aquí en el pueblo, cuando una mujer va siempre con un hombre se murmura. Pero en esos países...

UNA

Si lo hiciéramos nosotras, ¿qué nos hubiesen dicho?

OTRA

Debe ser muy mala esa mujer.

LA TERCERA

Debe ser de un país de herejes.

ESCENA SEXTA

(DOCTOR ARTURO y BERTA salen dialogando vivamente.)

DOCTOR ARTURO

Creo amiga mía que hemos llegado al momento agudo de nuestra obra. Acaso al divorcio de nuestros héroes.

BERTA

No, no será posible ese divorcio; no es posible llegar a la plena conciencia sin riesgo para la misma vida. Nuestro mundo humano parece estar hecho de modo que una y otra tengan que marchar juntas, sintiéndose sin embargo tan diversas para que las seducciones de la vida ocultan los misteriosos abismos de la conciencia. Someterse en absoluto a la voz de ésta sería no vivir.

DOCTOR ARTURO

Veo que desmaya usted. Al fin, mujer.

BERTA

Al fin, vida... o mujer, como usted quiera; mujer, que no cesa en su empeño de desviar al hombre de su senda de abismos para conseguir que la voz sombría del misterio se hunda en las entrañas donde se siente la palpitación de la corriente vital.

DOCTOR ARTURO

Donde se *siente*, acaso; pero no se *comprende*. He ahí la paradójica situación del hombre. Si camina con los ojos abiertos, no verá nada; si los entorna, puede tener la sensación de algo grande sin acertar a descubrirlo.

BERTA

Si es así, ¿por qué ese empeño de mantener los ojos abiertos, de llegar a la plenitud de la conciencia. Vuelva usted a la vida a vivir su vida.

DOCTOR ARTURO

¡Extraño error! ¡La vida nos vive a nosotros! ¡Qué tortura encontrarse de lleno metido en ella sin poder volverse atrás! Cuando hablamos de la muerte o del misterio no pensamos en nosotros, y el problema es trágico por que es de cada uno. Cada uno de nosotros, como nos recordaba la mendiga, después de todo la voz de la muerte, cada uno entrará en el misterio de la eternidad sin más compañía que la de su conciencia. Esto es, quizá, nuestra grandeza, pero también nuestra tragedia.

ESCENA SEPTIMA

(Voces de socorro y de angustia, gritos fuera del escenario.)

(Voces de la huérfana y de las Hijas del Mar.)

¡Pronto, acudid; socorro!

DISCÍPULA

(Entrando desencajada.)

El Profesor, que estaba sobre las rocas ha desaparecido de pronto en el fondo del mar.

(Las Hijas del Mar entran gimoteando; al ir a salir Berta, entra un grupo de marineros trayendo el cuerpo del extranjero chorreando agua.)

BERTA

(Queda como petrificada, y exclama:)

¡Qué horror!...

DOCTOR ARTURO

(Se adelanta en este momento hacia Berta, para sostenerla, y grita:)

¡Berta, Berta mía!

PROFESOR HUGO

(Que había sido depositado por los marineros en la silla larga sacada al efecto por el Doctor Arturo de la casa. cuyo exterior forma parte de la escena, se levanta, con gran asombro de todos, y exclama:)

¡Bravo! ¡Muy bien! ¡Magnífico final de drama!

DOCTOR ARTURO

(Con sorpresa e indignación.)

¿Ha sido una broma?

PROFESOR HUGO

Ha sido un ensayo. Yo también tengo derecho a colaborar en la obra de ustedes, y he querido ensayar esta solución.

(Dirigiéndose a todos, y singularmente al Doctor Arturo.)

¿No está mal, verdad?

DOCTOR ARTURO

Profesor Hugo. ¿Es que declama usted?

PROFESOR HUGO

¿Es que declamo? Nada de declamaciones. La verdad es, que al subirme en aquellas peñas sentí un vértigo y resbalé, cayendo privado unos momentos de conocimiento. Ya aquí lo he recobrado justo cuando ustedes hacían la escena de mi muerte, y entonces se me ocurrió que acaso no encajara mal esa escena en la obra que ustedes preparan. Nada, pues, de declamaciones. Esta solución va muy bien, y la pondremos en práctica.

BERTA

Hugo, ¿qué vas a hacer?

PROFESOR HUGO

No te alarmes, querida. Deseaba hablarte. Nuestras vidas siguen distintos rumbos; allá,

en la ciudad, en medio de la confusión de ella, no hemos visto tan claro como ahora en el campo. Sin duda, nuestras distintas direcciones resaltan más porque no hay tanta gente a nuestro lado o porque hay las precisas. Ya ves, tú has tenido la cuerte de encontrar un compañero, un colaborador; yo, en cambio, elaboré el alma de una discípula a semejanza de la mía.

BERTA

Hugo, termina.

PROFESOR HUGO

Nada que te ofenda ni me ofenda. Simplemente la verdad.

BERTA

¡La verdad! La verdad es que el profesor Hugo, tan indiferente en asuntos sentimentales, tan equilibrado, se enamora, al fin, de una muchacha ingenua.

PROFESOR HUGO

De una mujer.

BERTA

Está bien, Profesor Hugo. Necesitas mi petición de permiso de divorcio. Pues cuenta con ella.

DISCÍPULA

(Con sobresalto.)

¿Pero es que me van ustedes a casar con el Profesor Hugo? ¿No será esto una comedia?

DOCTOR ARTURO

Claro, querida; la comedia de nuestra vida.

UN PORTERO

(Entrando.)

Pregunta el director de escena si han terminado ustedes el segundo acto y si se puede bajar el telón.

DOCTOR ARTURO

Por mí... El Profesor Hugo, al parecer, nos abandona.

BERTA

La verdad, yo no contaba con este incidente.

PROFESOR HUGO

Yo creo que sí, que el acto ha terminado. El Profesor Hugo ha muerto. Acaso lo han matado ustedes. El que ahora resucita, el que se ha salvado, no es el Profesor, sino el hombre Hugo. Todos llevamos una personalidad superpuesta, nuestro yo profesional y externo. Este ha muerto en mí, y voy a tener que habérmelas con mi propia vida, a vivir frente a frente de mí mismo, sin intermediarios. Al fin, querido Doctor Arturo, el espíritu ha matado a la técnica.

DOCTOR ARTURO

Ahora, que la conciencia no destruya la vida.

JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA

(BERTA paseando por la playa. Un cartero le entrega una carta, la abre y pasa sobre ella rápidamente la vista. El DOCTOR ARTURO en la parte exterior de la casa, sentado ante una mesilla, escribe.)

BERTA

(Después de pasar la vista a la carta.)

Doctor Arturo, venga, venga, ¡carta de Hugo! Oiga usted:

(Leyendo.)

«Querida Berta; te escribo, después de muchas vacilaciones, para comunicarte una úl-

tima resolución. La vida se me hace insoportable. Mientras en ella no había problemas que afectaran a mi misma persona, y mis actividades se enlazaban con la realidad verdadera o falsa del mundo en torno, mientras todo ello me inducía a vivir de un modo ciego y mecánico, no se rompió el equilibrio de mi existencia ni asomó la voz angustiosa y desoladora de mi mundo interior; pero, he aquí que el encanto de esa hipnosis o esa ceguera, en que todos vivimos, se quebró con mi crisis sentimental, y puso al descubierto la tragedia de nuestra persona, el latido estéril re nuestra existencia; toda la angustia, en fin, de la falta de sentido de esta vida que no puede justificarse por ella misma y que se hace insostenible cuando nos falta el contacto con las realidades, más o menos engañosas, del mundo exterior. Este problema de la vida en sí misma, me era ignorado, y ahora reconozco que, cuando se sale de los carriles de una ilusión o de una actividad, se hace insopor-

table como se hace la mía, por eso me niego a seguir viviendo con mi cadáver de profesor a cuestas. He caído desde la cumbre fría de la razón hasta el fondo trágico de mi persona a través de una crisis sentimental, buscando antes inútilmente en el afecto de mi discípula una compensación a la pasión que había sentido por tí sin saberlo, creyendo salvar de este modo al «hombre» ; pero aquel afecto ha sido imposible, por negarse ella, imbuída de prejuicios que yo creía haber desterrado con mis enseñanzas, a seguirme ; y no me queda ya más remedio que vivir cara a cara de mí mismo, lo cual es superior a todas las fuerzas humanas, porque me he convencido de que la existencia, falta de sentido y justificación, no se puede vivir por sí sola, sino por cosas tan subalternas y adjetivas como el amor, como el trabajo, como la ciencia, como tantas otras mentiras que no tienen por objeto sino cegar el terrible abismo de misterio que se abre a nuestras plantas, man-

teniéndonos engañados estúpidamente en este mundo. Es casi seguro que aquella solución teatral del segundo acto que afectaba a mi personalidad de profesor, sea llevada a la práctica por el hombre Hugo, que no se resigna, ni sabe ni puede vivir frente a frente de su propia vida. Tuyo, Hugo.»

BERTA

(Al terminar la lectura.)

Ya ve usted, querido Doctor, en qué ha venido a parar nuestra obra o nuestro juego. ¡Pobre Profesor Hugo! Hemos provocado en él el problema angustioso del misterio, de la falta de sentido y de justificación de su vida que jamás hubiera sospechado. ¡El, tan enfrascado en sus investigaciones científicas!...

DOCTOR ARTURO

Así son todas las vidas humanas; necesitan ir encarriladas tras de una ilusión o de una actividad que las ponga en contacto con el

mundo externo, donde precisan apoyarse, y cuando les falta ese apoyo, cuando este aparato de vivir mecánico y rutinario se destruye, cuando nuestra personalidad se sale, en fin, de la vida, no es posible soportar la falta de sentido de nuestra existencia y el misterio que la envuelve.

BERTA

Decididamente, no podemos ser espectadores de nosotros mismos, y la crueldad de nuestra obra ha consistido en hacer de nuestras vidas interiores un espectáculo, sin desfigurarlas con las ilusiones que ocultan nuestra desnudez trágica.

DOCTOR ARTURO

Hay que seguir aferrados al mundo engañoso de las formas externas volcándose en la acción, si queremos seguir viviendo y que nuestra vida se haga soportable.

BERTA

¡ Nuestra vida ! ¿Pero es que la vida existe realmente ?

ESCENA SEGUNDA

(Van desfilando gentes como sombras a lo largo de la playa, con hatos de ropa sobre la espalda, ínterin se oye la sirena de un vapor. Son emigrantes que van cortejados por las Hijas del Mar, llorosas.)

(Las Hijas del Mar se detienen un momento en escena. Con ellas llega también la MENDIGA.)

UNA

Nuestra tierra se despuebla.

OTRA

Todos emigran.

MENDIGA

Esta tierra tiene la angustia del tono crepuscular.

BERTA

La melancolía de un ocaso.

DOCTOR ARTURO

Todas las tierras tienen esa melancolía, porque en todas se pone el sol de la vida.

BERTA

El mar es en el espíritu de las gentes una gran interrogación, como el infinito en su grandeza.

DOCTOR ARTURO

El mar, como el infinito, les da el gusto de la aventura.

MENDIGA

¿Y para qué emigran esas gentes? En esta tierra tienen todo lo que les hace falta: una sepultura.

BERTA

En todo hombre hay un viajero.

DOCTOR ARTURO

Un ser que emigra de sí mismo.

BERTA

Es un modo de huir de la vida.

MENDIGA

Es un modo de caminar hacia la muerte.

(Se alejan, llorando, las Hijas del Mar tras los emigrantes. Queda en escena la MENDIGA, BERTA y el DOCTOR ARTU-

RO; se oye cada vez más insistente la sirena ronca del buque emigrante.)

ESCENA TERCERA

DOCTOR ARTURO

(Se oye de nuevo la sirena del buque.)

Es el canto de sirena que llama a las juventudes al otro lado del mar, prometiéndoles lo que en realidad no puede darles.

MENDIGA

Así es todo en la vida.

BERTA

(Con resolución.)

Pues yo también me hiré. Quiero cruzar el mar con esa masa desheredada de gentes que sólo llevan la ilusión. Si esta es la nave de las esperanzas, quiero embarcarme en ella por última vez.

MENDIGA

¿Pero la señora también se va?

BERTA

También, buena mujer. ¿Qué falta hago ya aquí?

MENDIGA

Esperar.

BERTA

¿Esperar qué?

MENDIGA

Esperar la muerte. Acercarse a ella en la quietud y en el silencio.

BERTA

Quizá lo mejor es salirle al encuentro. La vida es una gran prisa para llegar al final. Mis cabellos se tornan grises.

MENDIGA

Señora, el tiempo es una gran ilusión.

BERTA

Prefiero volver a ignorarlo. Los tres seguiremos caminando hacia el misterio por distinta senda: yo, apurando la vida; usted, pobre mujer, en su voluptuosidad de renunciación; el Doctor Arturo, meditando. A los tres nos sorprenderá igualmente el gran día o la gran noche, acaso sin ventaja para ninguno. Sólo algo es verdad: que nuestra vida camina rápidamente hacia su desenlace. Nada hay en reposo. Corramos, pues, ya que la vida es correr.

MENDIGA

Correr, ¿hacia dónde?...

DOCTOR ARTURO

¿Y nuestra obra, Berta?

BERTA

Acaso esté ya hecha. Nadie puede hacer nada de mayor emoción que la vida misma cuando se enfoca su problema trágico.

MENDIGA

¡Pobre señora, pretende huir de sí misma!

(Dirigiéndose al DOCTOR ARTURO.)

La señora volverá. Todos vuelven a mi camino.

DOCTOR ARTURO

Pero es que la muerte será, al fin, la verdad. Y si es así, ¿por qué esta voluntad de vivir? Esta voluntad hostil, este horror al desenlace fatal. Nuestro instinto de vivir, ¿de dónde viene cuando la muerte sea la verdad?; y si la muerte no es aún la verdad, ¿cuándo será el fin de esta pobre vida humana?

LA TRAGEDIA DE TODOS

ESCENA FINAL

(Entra el PROFESOR HUGO, con gran sorpresa de todos.)

PROFESOR HUGO

¿Pero es que siguen ustedes declamando? La obra ha terminado, amigos míos. Creo que he prestado a ustedes una excelente colaboración. Me he decidido a presentarme, a salir de entre bastidores, porque no quiero exponerme a lo que hubiera dicho el público. Bah, aquí no ha pasado nada, se diría. Un flirt de una loca extranjera con un español un poco místico, y una situación nada airosa para el marido, el pobre Profesor Hugo. Al público no le interesa, o acaso no hubiera visto con agrado, ese fluir íntimo de la vida: el problema trágico de nuestras almas. Al público le es siempre más grato la vana y superficial exterioridad. En esa exterioridad hay

que vivir y a ella hay que volver. La técnica vence a la postre y en definitiva al espíritu. Aquí estoy ya convertido otra vez en el Profesor Hugo, dispuesto a dar por terminada nuestra temporada de descanso en España, después de pasar en este bello país cerca de un año y volverme a mi tierra con mi mujer. Volverá a caer el telón para cubrir el paisaje y la tragedia de nuestras almas, la desnudez de nuestro espíritu. Volvamos a encarnar la exterioridad pasajera de las formas sociales: yo, a mi condición de profesor; el Doctor Arturo, a meditar en sus playas; mi mujer, a sus deberes de esposa; y el público a sus casas, llevando cada uno dentro de sí el terrible problema de que aquí se ha hecho mención. A tapar todos nuestra desnudez trágica, a tapar la verdad verdadera y a vivir en eso que las gentes llaman muy en serio la realidad, que es vivir en la farsa, en la mentira y en el teatro, haciendo la comedia más amarga y más trágica, declamando estúpidamente

cada uno su papel, sin pensar ni una hora, ni un minuto, que debajo hay una vida sin sentido, ignorante de adonde va y adonde viene, pero viviendo todos muy contentos, muy satisfechos; considerándose cada cual vanamente, neciamente, en posesión del secreto.

FIN

TIPOGRAFÍA YAGÜES

PLAZA CONDE BARAJAS, 5

:: :: : MADRID : :: ::

Precio: 2,00 ptas.